

Revienta, en maravilla imprevista,  
Un inmenso girasol de milagro  
Deshaciéndose en polen de amatista ;  
Y con su doble brillo,  
Aquel meteoro impresionista  
De lila sobre amarillo,  
Deflagra nuevamente caudales de conquista.

Al despedirlo el eje,  
Su estela es reguero de escudos  
Que proyecta en los cielos mudos  
El perfil anormal de un templo hereje.  
Y con las lluvias luminosas  
De su ascensión sonora y garifa,  
Sugiere fantasías de califa  
Estalladas en piedras preciosas.

Tras los cipreses  
Correctos como alfiles,  
En seráficos añiles  
La girándula exalta gárrulos intereses.  
Su centro que es un cohete redondo,  
Entre el volcán de fuego charro,  
Deflagra como un cigarro  
Pavesas de fuego blondo.  
Y esa gloria  
Giratoria,  
Derrochada en vivos cromos,  
Parece una noria  
Que gárrulos gnomos,  
Fuesen vertiendo en inmensas dosis  
De apoteosis.

Y de pronto,  
En torbellino de áurea polvareda,  
Estalla la vertiginosa rueda  
Que hace babear los éxtasis del tonto ;  
Trocando absurdamente su destino  
En el sautor regular de un molino.

La majestad bilateral del aspa,  
Desmenuza bajo el denso toldo  
De la noche, una incandescente caspa  
Que es detritus de sol hecho rescoldo.  
Y todo acaba allí, si no arremete  
La azogada fugacidad del cohete,  
Cuya cinta bizarra  
Á través de la noche se desliza  
Como una raya de tiza  
Sobre una pizarra.  
Su silbo se aguza  
Con chillido de lechuza ;  
Y tras de brusco azoramiento,  
En mansa catarata,  
El negro firmamento  
Se pone á llover plata.

Ensueño de belleza,  
Que en ese anacronico instante de aurora  
Como fatuo vino te vas á la cabeza :  
No olvides que la luna llora  
En la acuática lejanía,  
La luna, consultora  
De la melancolía,  
Á quien el alma implora  
Con suave letanía :  
—«Virgo clarissima, Virgo mater»—  
En tanto que ultrajan su poesía  
Aquellos patrióticos fuegos de cráter.

Y mientras la pobre luna cuyo martirio  
Entre el agua y el fuego,  
Implora con la sugestión de un ruego,  
Vuelve la noche á arder con un delirio  
Que exaltara los más nobles cráneos  
Contemporáneos.

Al incendiario brillo  
De un astro fugaz anulado en estruendos,

Combina sus carbunclos estupendos  
La fantasía final del Castillo.  
Una luz de luna  
En fusión, llena su ámbito de pagoda,  
Que mezcla con rara fortuna  
La botánica china y el rococó á la moda.  
¡ Oh, maestro, que hiciste tal maravilla  
Con un poco de mixto, de noche y de mal gusto:  
Deja que te aclame con un alma sencilla,  
Con un alma de tribu que adora un fuego agosto!  
Buen diablo entre tu flora de arsénico y de azufre,  
¡ Qué armonía de espíritu y materia  
Tienen para el que sufre  
Tus bazares de cosmos, tu astronómica feria!  
¡ Y con qué formidable caricatura  
Tu policroma incandescencia,  
Destaca á la concurrencia  
En un poema de humanidad futura!

Bajo el iris de un prisma de garrafa,  
Mi musical vecina,  
Hacia su mamá se inclina  
Con alelado estupor de jirafa.  
Su oreja se pierde  
En un matriz de herrumbre verde;  
Y una llama loca  
Del candente aparato,  
Con lúgubre sulfato  
Le amorata la boca.

Á su lado el esposo, con dicha completa,  
Se asa en tornasol, como una chuleta;  
Y el bebé que fingía sietemesino chiche,  
No es ya más que un macabro fetiche.  
La nodriza, una flaca escocesa,  
Va enteramente isósceles junto á la suegra obesa,  
Que afronta su papel de salamandra  
Con una gruesa  
Inflación de escafandra,

Mientras en vaivén de zurda balandra  
Goza sus fuegos la familia burguesa.

Mas de repente,  
Cambia el artificio bruscamente;  
Y bajo un nuevo iris,  
El marido, en su manso porte,  
Adquiere una majestad de Osiris;  
Al paso que la consorte  
Se exalta con mágico transporte,  
Y en igual luminosa crisis,  
Naturalmente, parece una Isis.

Un señor mediocre  
Que puede ser boticario ó maestro,  
Bajo un lampo de ocre  
Se vuelve siniestro;  
Sin que por ello se alarme  
El olfato poco diestro  
Del inmediato gendarme.  
Y aquella fiera en ciernes  
Que así en rojo tizón su cuello tronche,  
Tiene una gran cabeza de Holofernes  
Ardida en llamas de ponche.

Pero el gendarme mismo  
Se ha vuelto ya un cliente del abismo;  
Y la multitud entera  
Se deforma en comba de cafetera.  
En tanto que el artificio estalla  
Con estruendos  
Tremendos,  
Mandando en granizo de oro su metralla.

Rodea una deslumbrante zona  
De vértigo solar el artificio,  
Donde mi propia persona  
En coloreado maleficio,  
Adquiere algo de sota y de saltimbanqui  
Yankee...

Con una  
Descarga de estrépito salvaje,  
Se hunde el castillo y acaba el homenaje:  
Y ahora ya no hay pólvora ni hay luna.  
Salpicada de astros escasos,  
Vuelve la noche removida de pasos  
Como un lodazal; silba un pilluelo;  
Arroja una bengala alguien que pasa,  
Y es aquella anacrónica brasa  
El último bocado de sol que engulle el cielo.

Camino de la casa,  
Se vuelve todavía la cabeza  
Con el encanto de una vaga certeza.  
Hasta que de improviso,  
La postrer bomba, por el ámbito sonoro,  
Se abre á la inmensidad en palmas de oro  
Como un árbol del Paraíso.

### LUNOFILIA

En la tarde suave y cálida,  
Desde el diván carmesí,  
Alzas fielmente hasta mí  
Tus lentos ojos de pálida.

Con la espectral ilusión  
De la hora que te importuna,  
Un vago pavor de luna  
Te acerca á mi corazón.

Por el cielo angelical  
Se ahonda en místico ascenso  
La soledad de un inmenso  
Plenilunio inmaterial;

Que encantando los jardines  
Viene casi lastimero,  
Delirado en un ligero  
Frenesí de violines.

En escena baladí  
Te infunde su poesía  
Tan dulce melancolía,  
Que quieres morir así.

—  
Con el mimo de estar triste  
Buscas mi arrullo más blando,  
Y te sorprendes llorando  
Lágrimas que no sentiste.

—  
Pides, tan sola en la vida,  
Diminutivos de infancia,  
Y tu tímida constancia  
Quiere ser compadecida.

—  
Con alteración ardiente,  
En tu insaciable interés  
De preguntarme «quién es  
Tu...» (1) eternamente;

—  
Quisieras huir conmigo  
Hacia un país de quimera,  
Donde no se conociera  
La voz del mundo enemigo.

—  
Algo eleva nuestro ser,  
Y la calma de la luna,  
Nos embarca como una  
Blanca nave... á no volver.

(1) Aquí el lector debe poner el nombre amado.

## ABUELA JULIETA

Cada vez más hundido en su misantropía, Emilio no conservaba ya más que una amistad: la de su tía la señora Olivia, vieja solterona como él, aunque veinte años mayor. Emilio tenía ya cincuenta años, lo cual quiere decir que la señora Olivia frisaba en los setenta. Ricos ambos, y un poco tímidos, no eran éstas las dos únicas condiciones que los asemejaban. Parecíanse también por sus gustos aristocráticos, por su amor á los libros de buena literatura y de viajes, por su concepto despreciativo del mundo, que era casi egoísta, por su melancolía, mutuamente oculta, sin que se supiese bien la razón, en la trivialidad chispeante de las conversaciones. Los martes y los jueves eran días de ajedrez en casa de la señora Olivia, y Emilio concurría asiduamente, desde hacía diez años, á esa tertulia familiar que nunca tuvo participes ni variantes. No era extraño que el sobrino comiese con la tía los domingos, y por esta y las anteriores causas, desarrollóse entre ellos

una dulce amistad, ligeramente velada de irónica tristeza, que no excluía el respeto un tanto ceremonioso de él, ni la afabilidad un poco regañona de ella. Ambos hacían sin esfuerzo su papel de parientes en el grado y con los modos que á cada cual correspondían. Aunque habíanse referido todo cuanto les era de mutuo interés, conservaban, como gentes bien educadas, el secreto de su tristeza. Por lo demás, ya se sabe que todos los solterones son un poco tristes; y esto era lo que se decían también para sus adentros, Emilio y la señora Olivia, cuando pensaban, con el interés que se presume, ella en la misantropía de él, él en la melancolía de ella. Los matrimonios de almas, mucho más frecuentes de lo que se cree, no están consumados mientras el secreto de amargura que hay en cada uno de los consortes espirituales, y que es como quien dice el pudor de la tristeza, no se rinde al encanto confidencial de las intimidades. La señora Olivia y su sobrino encontrábanse en un caso análogo. Si aquella tristeza que se conocían, pero cuyo verdadero fundamento ignoraban, hubiéraseles revelado, habrían comprobado con asombro que ya no tenían nada que decirse. La reservaban, sin embargo, por ese egoísmo de la amargura que es el rasgo característico de los superiores, y también porque les proporcionaba cierta inquietud, preciosa ante la perfecta amenaza de hastío que estaba en el fondo de sus días solitarios. Un poco de misterio impide la confianza, escollo brutal de las relaciones

en que no hay amor. Así, por más que se tratara de dos viejos, la señora Olivia era siempre tía, y Emilio se conservaba perpetuamente sobrino.

Cuarenta años atrás—recordaba la señora Olivia,—aquel muchacho sombriamente precoz, cuyo desbocado talento, unido á sordas melancolías, hizo temer más de una vez por su existencia; aquel hombrecito, huraño ya, como ahora, era su amigo. No tenía esos risueños abandonos de los niños en las rodillas del ser predilecto; pero miraba con unos ojos tan tristes, su frente era tan alta y despejada, que le quería y estimaba al mismo tiempo. No se dió cuenta de los veinte años que le llevaba; consideróle su amigo, empezando á comprender aquella diferencia sólo cuando le vió regresar de Alemania, terminada ya su carrera, hecho todo un señor ingeniero, que vino á saludarla, muy respetuoso, muy amable, pero demasiado sobrino para que ella no asumiera inmediatamente sus deberes de tía.

Las relaciones estrecháronse después, pero ya de otro modo. Ella, en su independenciamullosa de solterona rica, acogió amablemente al joven cuya misantropía le pareció interesante; y cuando tres años después éste se quedó huérfano, encontró en la casa de la vieja dama, á pesar de las etiquetas y los cumplimientos, el calor de hogar, no muy vivo, que le faltaba.

Por un acuerdo, inconfeso aunque no menos evidente, fueron cambiando, con los años, sus pasatiempos. Después de las conversaciones, la

música ; después de la música, el ajedrez. Y de tal modo estaban compenetrados sus pensamientos y sus gustos, que cuando una noche de sus cuarenta años, Emilio encontró en el saloncito íntimo el tablero del juego junto al cerrado piano, sin notar al parecer aquella clausura del instrumento que indicaba el fin de toda una época, hizo sus reverencias de costumbre y jugó durante dos horas como si no hubiera hecho otra cosa toda la vida. Ni siquiera preguntó á la señora Olivia cómo sabía que á él le gustaba el ajedrez. Verdad es que ella se habría encontrado llena de perplejidad ante esa pregunta.

La diferencia de edades había concluido por desaparecer para aquellos dos seres. Ambos tenían blancas las cabezas, y esto les bastaba. Tal vez la misma diferencia de los sexos ya no existía en ellos, sino como una razón de cortesía. La señora Olivia conservábase fresca, pues estaba cubierta por una doble nieve : la virginidad y la vejez. Aun sonreía muy bien ; y para colmo de gracia, apostataba de los anteojos. Su palabra era fluida y su cuerpo delgado. La vida no la aplastaba con su peso de años redondamente vividos ; por el contrario, la abandonaba y esto volvía la translúcida y ligera. No podía decirse, en realidad, que fuese vieja ; apenas advertíase sus canas.

Emilio sí estaba viejo, mas no parecía un abuelo. Carecía de esa plácida majestad de los ancianos satisfactoriamente reproducidos. Era un viejo caballero que podía ser novio aún. Sus

cabellos blancos, su barba blanca ; su talante un poco estirado, mas lleno de varonil elegancia, sus trajes irreprochables, sus guantes, constituían un ideal de corrección. Llevando un niño de la mano, hubieranle tomado por un fresco viudo ; pretendiendo una señorita de veinticinco años, habrían tenido que alabar su amable cordura.

Su tía y él eran dos mármoles perfectamente aseados. Por dentro, eran dos ingenuidades que disimulaban con bien llevada altivez, candores tardíos. La delicadeza de la anciana encubría un estupor infantil ; la frialdad del sobrino, veía una desconfianza de adolescente.

Además, hablaban en términos literarios, hacían frases como las personas ilustradas y cortas de genio que no han gozado las intimidades del amor, ese gran valorizador de simplicidades. También eran románticos. Precisamente hacía tres meses que Emilio regalara á su tía un ruiseñor importado á mucho costo de Praga, por los cuidados del famoso pajarero Gotlieb Waneck, y en una legítima jaula de Guido Findeis de Viena. Dos noches antes, el pájaro cantó, y esta fué la noticia con que la señora Olivia sorprendió á su sobrino un martes por la noche, mientras ocupaban sus casillas las piezas del ajedrez. Emilio, galante como siempre, traía para el pájaro un alimento especial : la composición de M. Duquesne, de l'Eure, pues en punto á crianza prefería los métodos franceses.

Aquel ruiseñor fué un tema de que se asieron

ansiosamente, cansados ya por un año de pláticas sin asunto. Y del ruiseñor... ¡ á Shakespeare!

—En Verona, decía la señora Olivia, aprendí, precisamente, á preferir la alondra; como que, al fin mujer, había de quedarme con la centinela de Romeo. Profésanle allí una predilección singular, llamándola, familiarmente, *la Caprellata*.

—Pero este ruiseñor, afirmó Emilio, no es de los veroneses. Es la clásica *Filomela*, ó ruiseñor alemán. El único pájaro que *compone*, variando incesantemente su canto; mientras aquellos recitan estrofas hechas. Un verdadero compatriota de Beethoven.

¿Cuánto tiempo hablaron?... La luna primaveral que había estado mirándolos desde el patio, veíalos ahora desde la calle. Y Emilio contaba una cosa triste y suave como las flores secas de un pasado galardón. ¿Recordaba ella cuando la tifoidea le postró en cama, siendo muy niño aún, de doce años, creía? Ella fué su enfermera, ¡ se develó tanto por él!... Miraba todavía sus ojeras, sus cabellos desgarrados por el insomnio en ondas flavas de fragante opulencia. El sabía por los dichos de los otros, de los grandes, que era bella, aunque no se daba bien cuenta de lo que venía á ser una mujer hermosa. Pero la quería mucho, eso sí, como una hermana que fuese al mismo tiempo una princesa. Su andar armonioso, su cintura, llenábanle, ante ella, de turbado respeto. Poníase orgulloso de acompañarla, y por esto, siempre que iba á su

lado, estaba tan serio. Durante sus delirios febriles, fué la única persona que no viera deformada en contorsiones espeluznantes; y cuando vino la convalecencia, una siesta—llevaba ella un vestido á cuadritos blancos y negros,—el niño, repentinamente virilizado por la enfermedad, comprendió que el amor de su tía le ocupaba el corazón con la obscura angustia de un miedo. Fué una religión lo que sintió entonces por ella durante dos años de silencio, siempre contenidos por su pantalón corto y su boina de alumno, ridículos para el amor...

Después, el colegio, los viajes, el regreso ¡ y siempre esa extraña pasión poseyéndole el alma! Se hizo misántropo... ¡y cómo no! Esterilizó su vida, gastó el perfume de ese amor de niño concentrado por la edad, inútilmente, como un grano de incienso quemado al azar en el brasero de una chalequera dormida... ¿Mas, para qué la estaba él diciendo todo eso?...

El silencio del saloncito se volvió angustioso. Con la mano apoyada en la mejilla, la tía y el sobrino, separados apenas por el tablero donde las piezas inmóviles eternizaban abortados problemas, parecían dormir. Allá en el alma del hombre, en una obscuridad espantosamente uniforme, derrumbábanse grandes montañas de hielo. Y la señora Olivia meditaba también. Sí, fué tal como él lo decía; ella estaba en la trágica crisis maternal de los veintinueve años; aquel chiquillo la interesaba, pero ella descubrió primero que ese interés era un amor desca-

bellado, imposible, una tentación quizá. Una noche deliraba mucho el pobrecito; los médicos presagiaban cosas siniestras con sus caras graves. Se lloraba en la casa, sin ocultarlo ya. Entonces sus desvelos de tía, sus sobresaltos de vulgar ternura, reventaron en pedazos su desabrida corteza. Loca, sin saber lo que hacía, corrió á la pieza contigua, y allí, desarraigándosele el corazón en sollozos, se comió á besos, locamente, el retrato del enfermo. Fué un relámpago, pero de aquel deslumbramiento no volvió jamás. ¡Y hacía cuarenta años de eso, Dios mío! Cuarenta años de amarle en secreto, consagrándole su virginidad, como él le había consagrado también su alma. ¡Qué delicada altivez surgía de ese doble sacrificio, y qué dicha no haberse muerto desconociéndolo!

Poco á poco, un nebuloso desvarío ganó la conciencia de la anciana. Los años, las canas, el influjo de las conveniencias fuéronse desvaneciendo. Ya no había sino dos almas resumiendo en una sola actualidad de amor, el ayer y el mañana. Y la niña, intacta bajo la dulce nieve de su vejez incompleta, se desahogó en un balbuceo:

—Emilio... yo también...

El tuvo un estremecimiento casi imperceptible, que hizo palpitar, sin abrirlos, sus párpados entornados. Allá adentro, en la negrura remota, las montañas de hielo continuaban derrumbándose. Y pasó otra hora de silencio. «Emilio»... «Olivia»... suspiraban los rumores

indecisos de la noche. La luna iluminaba aquella migaja de tragedia en la impasibilidad de los astros eternos.

Inmediato á ellos, sobre el piano, un viejo Shakespeare perpetuaba en menudas letras las palabras celestes del drama inmortal. En la blancura luminosa de la noche, muy lejos, muy lejos, diseñábanse inalcanzables Veronas. Y como para completar la ilusión dolorosa que envolvía las dos viejas almas en un recuerdo de amores irremediamente perdidos, el ruiseñor, de pronto, se puso á cantar.

Espectral como un resucitado, Emilio abandonó bruscamente su silla. Y ya de pie, estremecidos por algo que era una especie de inefable horror, la señora Olivia y él se contemplaron. Debía de ser muy tarde, y tal vez no fuese correcto permanecer más tiempo juntos...

Era la primera vez que se les antojaba aquello. No advertían siquiera que fuese ridículo, pues dominábalos la emoción de su paraíso comprendido. Mas la luna, propicia por lo común á los hechizos, rompió esta vez el encanto. Uno de sus rayos dió sobre la cabeza de la anciana, y en los labios del hombre sonrió, entonces, la muerte. ¡Blancos! ¡Si estaban blancos, como los suyos, esos cabellos cuya opulencia fragante recordaba aún á través de tanto tiempo! Era Shakespeare el que tenía la culpa. ¡Quién lo creyera! ¡Tomar á lo serio un amor que representaba el formidable total de ciento veinte años!

El ruiseñor cantaba... cantaba, sin duda, los



lloros cristalinos de su ausencia, las endechas armoniosas de su viudez.

Una viva trisadura de cristal mordía lentamente los dos viejos corazones. De pie, frente á frente, no sabían qué decirse ni cómo escapar al prestigio que los embargaba.

Y fué ella la que tuvo valor por fin, la que asumió heroicamente esa situación de tragedia absurda (porque, después de todo, no sabía que la luna le estaba dando en la cabeza). Como Emilio hiciera un movimiento para retirarse :

—Quédate ; ya tienen bastante con los cuarenta años de vida que les hemos dado.

Es probable que el destino estuviera incluido en ese plural.

Bajo el bigote de Emilio se estiró una sonrisa escuálida como un cadáver. El lenguaje literario se le vino á la boca, y con una melancólica ironía que manifestaba todos los fracasos del destino, hizo una paráfrasis de Shakespeare :

—No, mi pobre tía, el rocío nocturno hace daño á los viejos. El ruiseñor ha cantado ya, y el ruiseñor es la alondra de la media noche...

LUNAS